



MARIANO DE CAVIA

DIEZ Y SEIS PÁGINAS

20 céntimos

Hijo del noble Aragón,
es para toda campaña
autorizado guión;
Cavía es la pluma, en España,
de mayor circulación.



REGALO CURIOSO

—Bien venido, amigo Carlos.
¡Qué sorpresa! No esperaba...

—Ayer he vuelto de América,
y aquí me tiene usted, Paca;
este recuerdo le traigo
de aquellas tierras.

—Mil gracias.

—Es una curiosidad
que pienso que ha de agradarla:
unas ramas del cafeto.

—¿Del cafeto?

—¿Qué ¿Le extraña?

—Precisamente el café
que yo tomo, así se llama;
cosa exquisita, mi amigo;
cosa rica, extraordinaria.

—Pues el cafeto es el árbol
de donde la industria saca
esa bebida aromosa
que usted elogia.

—Lo ignoraba.

Y doblemente, por tanto,
su fineza me entusiasma.

—Celebro haber acertado

al ofrecerle estas ramas.

—El cafeto es el café
más popular en España.
Mil amigos me han hablado
del mérito de esa marca;
lo más selecto del Moka,
el Puerto Rico de fama
y el Caracolillo extra
en el cafeto se hallan.

Le invito á usted á probarlo.

—Y yo acepto.

—Y yo encantada.

CAFÉ MARCA :: EL CAFETO :: PUERTO RICO EN GRANO
:: MOKA Y CARACOLILLO ::

C. DE SIMÓN MARTÍNEZ

HERNAN CORTES, 7 -- MADRID -- y principales establecimientos de ultramarinos



Madrid Cómico

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Oficinas: Preciados, 17, entresuelo.

CONCURSOS DE MADRID CÓMICO

MADRID CÓMICO declara abierto desde este número un concurso de artículos, con sujeción á las siguientes bases:

Primera.—Los artículos deberán ser festivos, con asunto de libre elección, pero ajeno completamente á la política.

Segunda.—Tendrán la extensión equivalente á columna y media de nuestro periódico.

Tercera.—Los originales llevarán al pie la firma y dirección de sus autores. Nada de lemas ni pseudónimos.

Cuarta.—Un jurado compuesto de tres distinguidos literatos, cuyos nombres reservamos por ahora, dictaminará respecto del mérito de los trabajos remitidos, en el sentido únicamente de si merecen ó no ser publicados.

Quinta.—Insertaremos los que á juicio del jurado sean publicables, é irán apareciendo en las columnas de MADRID CÓMICO con arreglo á un turno que estableceremos por las fechas de remisión y con el encabezamiento: *De nuestro concurso*.

Sexta.—Quedará cerrado dicho concurso el día 31 de Marzo próximo, y una vez insertados todos los artículos de recibo, el sufragio de nuestros lectores decidirá por mayoría á quién habrá que adjudicar el premio de CIEN PESETAS que ofrece MADRID CÓMICO.

Séptima.—Para la emisión del voto, daremos el oportuno cupón cuando sea llegado el momento de ello.

Octava y última.—No se devuelven los originales.

Y ahora, ¡a luchar, jóvenes! MADRID CÓMICO no puede hacer más por la felicidad del prójimo.

DE TODO UN POCO



ANALEJAS es el hombre del día. Su actividad, su desusada actividad sorprende á todo el mundo.

Aquí donde estamos acostumbrados á los presidentes solemnes y de poco tránsito, el continuo trajín en que vive don José desde que fué, más ó menos orientalmente —según dicen los moretistas—, elegido dueño y señor de los destinos públicos y particulares, es cosa de gran espectáculo.

Don José, en buena hora se diga, trae el régimen de puerta abierta, una política de par en par, y, sobre todo, unas ganas de que todo el mundo cobre absolutamente inverosímiles en todas las edades.

Canalejas va al Ayuntamiento, propone reformas y mejoras; pero como se necesita dinero para ello, no falta quien se apresure á decirle: Muy bien, señor presidente; pero si el Estado nos pagara ese piquillo de unos millones que nos debe...

—¿Cuánto?—interrumpe don José.

—Tanto—le contestan.

—Hecho. No se hable una palabra más.

Al día siguiente se da una vueltecita por la Diputación:

—A ver, señores—exclama después de un rápido vistazo—; es preciso hacer tal cosa inmediatamente.

—Sí, conformes — dicen los pobrecitos diputados provinciales—; pero ¡ay! don José, si el Estado nos pagara esos millonajes que nos adeuda...

—En seguida. Cuenten ustedes con esas pesetas. ¡Pues no faltaba otra cosa!

Don José va á Sevilla; en Sevilla no sabemos si el Estado, que nos va resultando un tramposo—cosa que ya sabíamos—, tendrá alguna cuenta atrasada; pero es lo mismo: don José se entera de que allí también necesitan dinero, y ¡zás!—como dice el comandante de *El monaguillo*—arreglado en el aire.

Alabemos la generosidad de don José; pero á muchas visitas como éstas va á sucederle lo del gitano del cuento famoso, que á la hora de morir dispuso que destinaran mil pesetas para misas en la Catedral, mil pesetas para misas en la Macarena, mil pesetas para misas en San Lorenzo, mil pesetas... Y estupefacto el cura, que sabía que el pobre gitano no tenía ni una perra gorda, no pudo menos de atajarle diciéndole:

—Pero, alma mía, ¿de dónde van á salir esas misas?

—¡Ay, qué gracia! ¡Pues de donde salen todas! ¡De la sacristía!

Y eso nos preguntamos nosotros: ¿qué sacristía va á ser esa?

Pero, en fin; por lo menos Canalejas demuestra deseos y afán de hacer cosas, y hasta ahora sabe á qué carta quedarse.

Incluso con la de don Segis y Montero, que, como el famoso payo, aún no saben que hacer con la respuesta.

Hemos estado á punto de enredarnos en un grave conflicto diplomático.

Pero, afortunadamente, el asunto se ha resuelto á satisfacción de ambas partes.

Ello fué que en aguas de Tánger se cruzaron el otro día el guardacostas acorazado español *Numancia* y el crucero francés *Du Chayla*, y por si uno ú otro debía ser el primero en saludar, concluyeron por pasar de largo sin darse las buenas tardes.

Es el mismo conflicto que ocurre en la calle entre un acreedor y un deudor.

¿Cuál debe saludar primero?

La costumbre ha establecido que sea casi siempre el acreedor, que inmediatamente se apresura á arbolar la insignia de la deuda.

Cuando no arbola otra cosa.

Pero, vamos, no hubo cuestión cancilleresca, y los respectivos capitanes de los buques acordaron no hacerse los distraídos en otra ocasión.

Lo mejor será que se saluden á cañonazos, para que los oigan los diplomáticos más sordos y luego no vengan con chinchorrerías.

Por si no teníamos bastante con el anunciado rozamiento del cometa Halley, un astrónomo de Cardiff acaba de descorchar otro, que debe ser expósito, porque aún no se sabe cuál es su apellido planetario.

Lo único que se ha advertido en él es que trae dos colas: una en activo y otra de repuesto.

Muchas personas están intrigadísimas con este fenómeno. Porque dos colas suponen el movimiento continuo.

Luis GABALDÓN

UNA OFERTA , por Almoguera



Una voz dentro.—¡Trapero!
El trapero.—¿Quién llama?
La misma voz.—¿Quiere usted subir á ver un sillón presidencial en buen uso?
El trapero.—¡A buena hora! ¡Cuando ya ha colocado usted el gabinete completo!

ACADEMIA DE ORATORIA, por Karicato

«De crearse la cátedra de declamación oratoria en el Conservatorio, resultaría un gran beneficio para España.»

(De A B C.)



—Vamos á ver, señor Furciate. Supongamos que es usted invitado para ir á la Argentina á dar unas conferencias. ¿Qué es lo primero que haría usted?

—Pues, con perdón del tribunal, empezaría por purgarme para hacer frente de un modo decoroso á los banquetes con que me obsequiarán.

—¿Y después?

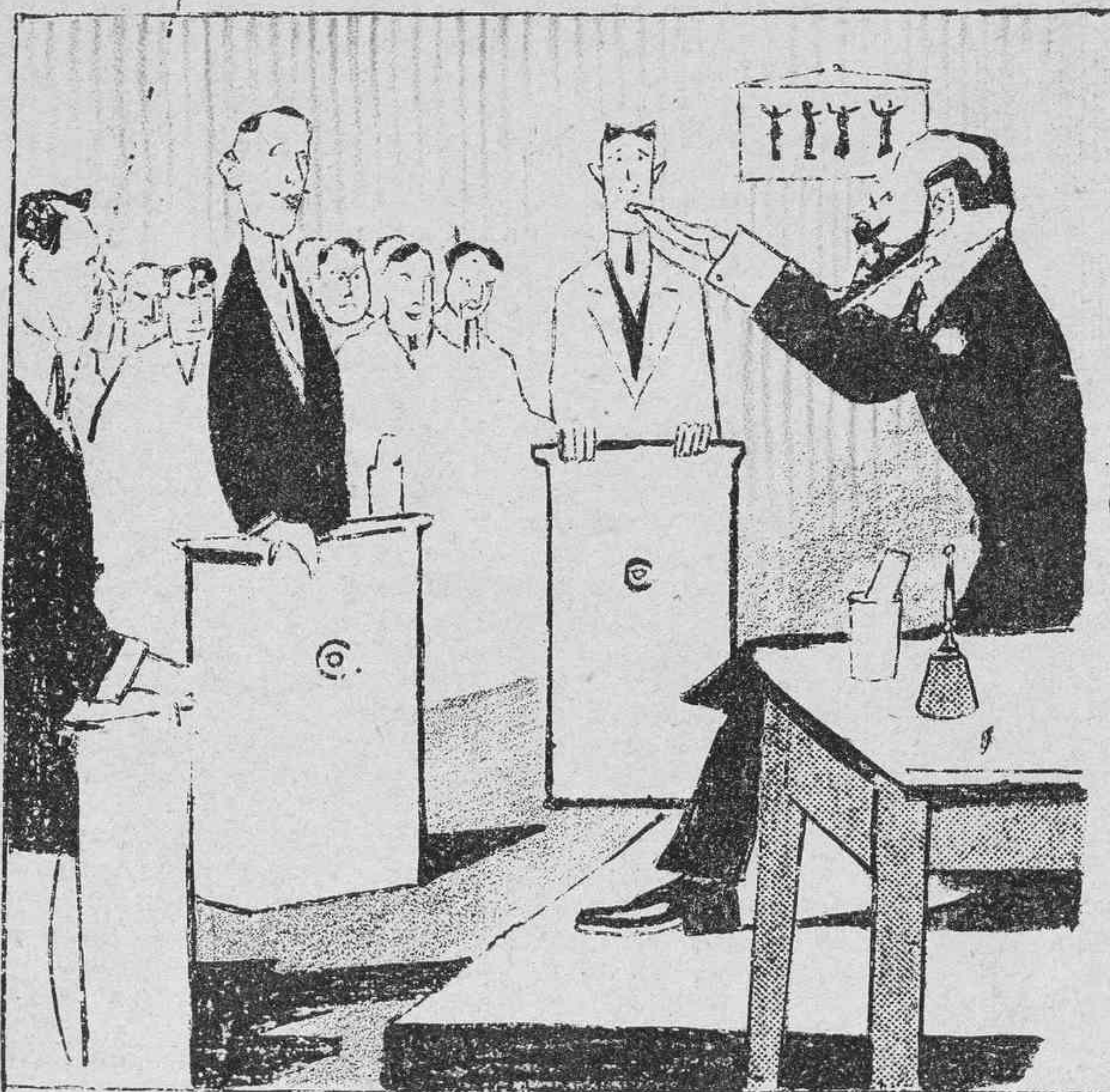
—¡Si lo digo voy á tener que volver á pedir perdón al tribunal!

—Venía á matricular al chico.

—¿Usted supone?...

—¡Que si supongo! Figúrese que ha dado ya tres conferencias en el Ateneo.

—Pues, entonces, hágalo usted Archivero-Bibliotecario ó Registrador de la Propiedad.



—Ahora, mucho orden. Vamos á ensayar una sesión parlamentaria.

—Pues si hay orden no va á parecer una sesión.



—Indudablemente, mi hijo va para orador sagrado.

—¿En qué lo ha conocido usted?

—En el modo de persignarse

K



¡ASI SE APRENDE!

Cierto gato, goloso y ladronzuelo, disfrutaba una vida de patriarca entre las chucherías que su dueña le daba y lo que, arteramente, podía sustraer á la criada.

Con este de mi cuento, gato pérfido, audaz, de manos largas, que, en lo de la perfidia, podía darle á Judas ciento y raya, jamás estaba en salvo la compra de la plaza, ni nunca fué posible pillarle con las manos en la masa.

Y, claro, como nunca se ganó un sartén por la «gracia», creyó que era la cosa más corriente meterle mano á todo lo que hallaba.

Un día que el minino, como siempre, de guardia al amor del hogar, tranquilamente, parecía esperando la pitanza, se fijó en un cacharro que en el fogón estaba casi lleno de leche.

—¡Magnífica ocasión!—dijo al mirarla. ¿Será éste buen manjar para los gatos?... Me figuro que sí. Lo toma el ama...

Sin otros miramientos, el hocico metió, probó la nata, la encontró deliciosa y se dispuso á dar fin de la jarra.

Pero ¡ay! cuando creía disfrutar del hallazgo, así, á sus anchas, entró la cocinera de repente, agarró las tenazas

y le atizó en el lomo dos golpes que ¡por poco no lo mata!

El gato, como un loco, sin comprender de su dolor la causa, dió un salto formidable y al patio se escapó por la ventana. Poco rato después, viendo á un vecino que, de apetito, sin cesar mayaba á modo de consejo saludable le dijo:—«Camarada, si tienes apetito y andas por las cocinas á la caza, come de lo que quieras, cuanto quieras, sin reparar en nada. ¡Mas ten cuidado con la leche, amigo! ¡Da dolor de riñones!.. ¡Mi palabra!»

Enrique LÓPEZ-MARÍN

¡VAMOS CHUPANDO!

Cada día hay nuevos nombramientos de personajes para altos cargos, y esto, como es natural, trae el natural regocijo en las familias y en las cestas de la compra de las referidas familias.

Hay quien se acuesta después de dar orden á la criada de que traiga «cuarto de kilo de tapa» y á las doce del siguiente día manda precipitadamente por merluza para solemnizar su nombramiento y darse *pisto*, de paso, ante los primates que van en busca de declaraciones políticas.

En las casas donde recae uno de esos nombramientos, hay más alegría que en la de un torero después de que no le hayan echado ningún toro al corral.

—A ver, Eduvigis, limpie usted el polvo del retrato de mamá, no sea que don José Canalejas venga á conferenciar con el señorito y vea que hay telarañas, incompatibles con la administración del Estado. ¿Cómo tiene usted las uñas?

—Puede ver la señora.

—Ese dedo meñique no es lo más idóneo para servir la casa de un personaje que acaba de ser nombrado consejero de Estado. Procure usted esconderlo si viene visita.

Y en aquella casa, donde antes todo era tranquilidad y una criada de tres duros y delantal blanco, se empeñan en rivalizar en punto á lujo y etiqueta con la propia marquesa de Squilache.

La noticia del nombramiento ha cundido entre las amistades, y éstas acuden á felicitar al interesado.

—No sabe usted lo que nos hemos alegrado al saber que le habían hecho á usted algo.

—Muchas gracias.

—No hay de qué; pero ya sabe usted que para lo bueno y para lo malo, nosotros estamos por completo á su lado. ¿Se acuerda usted de cuando tuvo aquel flemón que le impedía sentarse?

—¡Ay, si señora! Les agradezco, que vinieran á consolarme y á contarme los chismes que se decían por ahí.

—Nosotras vamos siempre con mucho gusto á las casas donde hay enfermos.

Gran cosa debe de ser el pasar de pronto á ocupar una brillante posición política, porque, al fin y al cabo, eso da más lustre que un limpiabotas y se tienen á mano todo género de influencias y comodidades.

Yo no sé lo que le habrán hecho á cierto vecino mío, pero ello es que desde anoche tiene un guardia municipal á su completa disposición.

No lleva más que pocas horas, y ya el guardia parece de la familia del personaje.

—Gutiérrez—dice la esposa del personaje—, ¿usted sabrá hacer salsa mayonesa? Lo digo porque tenemos á comer á un tío nuestro de Palencia, que ha venido á que le corten el pelo y á conocer de cerca á Canalejas, y quisiéramos obsequiarle con algún plato fino. Yo he oído decir que la mayonesa se come mucho en las casas de los personajes oficiales.

—Pus no puedo servirla. Si quiere que vaya á preguntarle á mi mujer cómo se hace la *bayonesa*?

—¿Es cocinera?

—Es de Lugo, para servirla; pero puede que tampoco lo sepa.

Renunciando á que el guardia intervenga en las operaciones culinarias, la familia del personaje le destina á otros menesteres, y al caer la tarde se ve llegar al pobre Gutiérrez, que ha ido á buscar á los niños al colegio, y trayendo toda clase de paquetes debajo del brazo.

—¿Qué es eso, Toribio?—le pregunta algún compañero—. ¿Es que te mudas?

—Es que han subido los liberales demócratas, y por lo visto han subido para que yo tenga que ir á comprar estas frioleras.

Y Gutiérrez se aleja sin darse perfecta cuenta de la relación que pueda existir entre el cambio de política y el oficiar él de ama seca.

Y, sin embargo, así es la vida. Mucha gente cree que la mudanza de personas no afecta en nada á la marcha general de las cosas, y está perfectamente equivocada.

Anoche mismo nos dió una brillante prueba de ello don Aquilino Hormiguillo, que se presentó con más humos que la máquina de un tren de mercancías al subir el puerto del Guadarrama.

—¿Qué hay, Hormiguillo? Parece que trae usted frío.

El buen señor se despojó teatralmente del abrigo, y dirigiéndose al interpelante le dijo:—Advierto á usted que el frío es para mí cuestión secundaria.

—Ya; traerá usted una buena camiseta de abrigo.

—Traigo el abrigo de mis convicciones políticas. ¿Estamos? Juan, dame café.

Poco después, el enfatuado personaje se introducía en una serie de reflexiones políticas y filosóficas que dejaban verdaderamente absortos á todos los tertulianos.

—¡Caray, don Aquilino!—se atrevió á decir uno de los concurrentes—. Parece usted el artículo de fondo de un diario político.

—¡Ah! ¿Es que vamos á tomar á chufra lo más serio y transcendental de este país? ¿Es que no creemos en el talento de los hombres que nos gobiernan? ¿Es que dudamos que todos ellos están perfectamente provistos de ropa y que hasta hay alguno que fuma emboquillado? ¡Este es un país perdido!

Y abandonando precipitadamente la tertulia, salió del café con gran estupefacción de sus amigos.

Luego supieron éstos que Hormiguillo se había hecho de Calbetón, desde el martes, y el ministro le había prometido hacerle alcalde de barrio.

¡Cambia mucho á los hombres una credencial á tiempo!

A. R. BONNAT



TRIBUNA LIBRE

DEL CIRCO LILIPUTIENSE



¿E veras que celebro que á Francos le hayan hecho alcalde. Claro que con el nuevo nombramiento queda incumplido el programa reformista que llevó á Correos; pero otros programas reformistas de más altura quedarán igualmente incumplidos.

Cuando supe que dicho amigo mío había sido nombrado director de Comunicaciones, me alegró la esperanza de que no se extraviase ningún periódico y ninguna carta para mí, y desde entonces, precisamente, casi ningún día recibí completo el correo.

Pero hay algo más doloroso: el periodista don Manuel Alvarez, propietario gallego que vive en la Guardia (provincia de Pontevedra), que de vez en cuando me hace encargos, me remitió, en carta certificada, 50 pesetas para que le comprase un objeto de música; y música resultó, en efecto, porque aunque el sobre tenía cinco lacres, el billetito del Banco fué extraído sutilmente del sobre, cuya parte interior, en el reverso, tenía visibles señales de fractura.

Ya se sabe que en España todo personaje novel en la política ó en la administración «deja—ó se propone dejar—algo á su paso». Cordialmente deseo al amigo que á su paso por la Alcaldía de Madrid deje algo mejor que fracturas.

¡Qué recepción me haría Francos Rodríguez si yo fuera á Madrid! Sería capaz de desenganchar el coche donde yo entrara por la afligida y lamentable Cuesta de San Vicente. Pero no iré á Madrid, sino á Buenos Aires, si don Belisario me contrata para decir la verdad de la situación de España en lenguaje liso y llano, pues yo no puedo cantar romanzas en discursos, porque no soy músico, como don Belisario, ni espetar oraciones tan estupendas como la de don Belisario en Boulogne, cuyos marineros, aunque no estudian palabra de español, se entusiasmaron oyéndole y por su acreditada mímica acabaron por comprender todo lo que dijo, según referencias de Blasco Ibáñez, nuestro primer humorista, como lo dejó bien probado en Buenos Aires.

¡Mire usted que traerse de allá cien mil pesetejas por unos refritos oratorios sobre Zola, entre otros temas conocidísimos hasta de los igorrotos de Patagonia!

Y todo sin molestarse, y con chunguita. Una vez le dijo al señor López Gomara, horas antes de dar una conferencia que estaba anunciada:

—Amigo mío, me siento erótico, después de un mes de continencia. Yo no puedo hablar en público si no hago un sacrificio en el altar de Venus.

Y el señor López Gomara, comprendiendo que el genio tiene derecho á todo, encaminó los pasos del orador hacia el consabido altar de Venus, en el que las había de todos colores.

¡Maravillosa mansión! El señor Blasco Ibáñez no se cansaba de mirarla y admirarla; pero entraron una botella de Champagne, y el orador reconcentró toda su atención en el dorado cuello...

Luego, como quien no dice nada:

—Diga usted, amigo López Gomara, ¿qué cuesta aquí una botella de Champagne?

—En los restaurants, 10 pesos. Aquí, 15 pesos.

Quedó Blasco perplejo y pensativo, y, pasado el primer instante de estupor, volvió á preguntar:

—Pues si eso cuesta una botella de Champagne, ¿qué costará echarle un... un... discurso á una de estas Venus?

—Cincuenta pesos...

Blasco no quiso oír más, y furtivamente bajó la escalera del templo, regresando á su hotel.

A éste iban á saludarle, los primeros días de su llegada á Buenos Aires, personalidades de fuste, como Calzada, y, según costumbre en aquellas apartadas regiones, se quedaban á almorzar ó á comer. Dos ó tres días después le pasaban las cuentas, ó las *notas*, como allí se llaman, y desde entonces Blasco dejó de comer en el hotel, ó si alguna vez comía en él, por indisposición ó cosa así, era en su cuarto y después de advertir que no estaba para nadie.

—A las antiguas posesiones de España en Ultramar—decía enfáticamente—no se viene á gastar dinero, sino á tomarlo...

Es un vivo. De su pico sí que puede decirse que es de oro, pues no lo abría sin previa seguridad de que se lo llenaban de monedas; al revés del pobre Texifonte, que ha echado tantos discursos y salivazos como cualquiera y no le han hecho alcalde, limitándose á darle una cruz leguminosa.

Pero le van á dar una dirección, según dicen, y de veras que lo celebro.

¡Bravo, Texifonte! ¡Bah! Un incidente que tuve con él—¿con quién no habré yo tenido un incidente?—sólo sirvió para afianzar la amistad que siempre le profesé.

Era verano y Texifonte actuaba de director canicular del *Heraldo de Madrid*. Conservador por temperamento, Texifonte no aprobaba eso que don José Canalejas llama *mi irreverente desenfadado* (en el país de las reverencias y de los reverendos, *ji, ji*), y aprovechaba los veranos para dar tajos y mandobles á mis artículos, dejándolos en forma que daba compasión; pero ya fuese por exceso de calor canicular, ó porque se decía que Palacio iba á llamar á Canalejas, ó por otra razón cualquiera, en el verano de referencia Texifonte hizo más, y fué suprimir un párrafo mío y reemplazarlo con uno de la cosecha de él, resultando el artículo un ciempiés porque el estilo, terriblemente conservador, de Texifonte no es el más apropiado para acomodarlo al mío.

Yo, que ya había protestado varias veces con motivo de los tajos y mandobles de Texifonte, me indigné contra semejante remiendo y en el *Heraldo de París* vomité sapos y culebras.

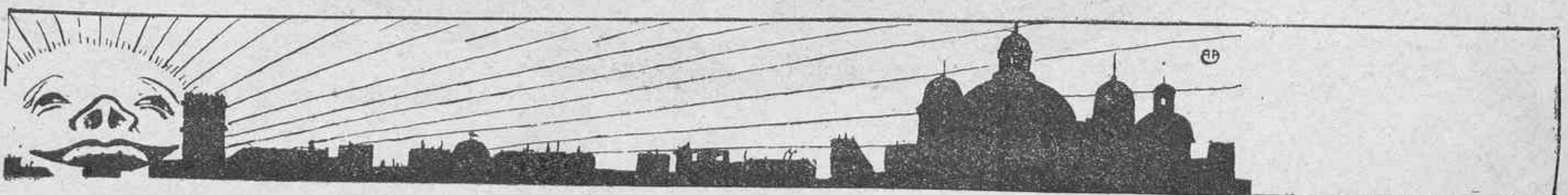
Estupefacción de los del oficio. ¡Un redactor que *se metía* con el director!... ¡Habrás visto!... Y querían convencer á Texifonte de que sobraba uno de nosotros dos en el mundo, ó, al menos, en el periódico; pero Texi, que siente crecer la hierba, vió venir la zancadilla y se dejó convencer por Canalejas, quien le demostró elocuentemente, y en nombre de la Libertad de pensamiento, que lo que yo hacía en el *Heraldo de París* era independiente de lo que yo hacía en el *Heraldo de Madrid*.

Tiempo después me sorprendió gratamente una tarjeta en la que Texifonte se precipitaba en mis brazos, y yo, á mi vez, me precipité en los brazos de Texifonte.

Somos, pues, amigos; y cuando le hagan ministro (otros lo merecerán menos) le pediré para mí un destino de ordenanza para abrir y cerrar puertas á los grandes personajes de la España actual, gritando:

—¡Su Excelencia don Congrio Putrefacto!... ¡Su Excelencia don Lechel!...

Luis BONAFUOX



SECREZOS DE ESTADO, por Karicato



—Venía á dejar esta tarjeta á vuestro embajador en señal de afinidad. Los dos llevamos nueve meses... en el mismo estado, sin saber lo que saldrá todavía.

DEMOCRACIA
LIBERTAD



«Chantecler», de la nación,
entona á pleno pulmón
un himno de recios sonos...
¡Cielos!... ¡Si en esta ocasión
le faltarán espolones!



BOMBO... Y PLATILLOS

Decididamente nos europeizamos. O, como dijo nuestro gran sainetero:

Hoy las ciencias adelantan
que es una barbaridad.

Y en lo primero que se conoce que nos vamos poniendo al nivel de las grandes capitales, es en el incremento que entre nosotros va tomando el anuncio. El anuncio es el primer síntoma de la civilización de un país.

Dime con quién andas, y te diré quién eres—dice un adagio.—*Dime cómo anuncias, y te diré qué cultura tienes*, podemos exclamar hoy viendo cómo todo es objeto del anuncio, del bombo y del platillo. Aquel otro refrán de que *el buen paño en el arca se vende*, resulta hoy una frase arca... ica.

Ahora se anuncia todo, ahora se bombea todo, se reclama todo. ¿Que se establece un industrial en sitio céntrico? Anuncios en las esquinas, en los tranvías y en los telones. ¿Que un escritor mediano publica una novela realista? Bombos de todos los amigos en todos los diarios y revistas. ¿Que un autor, en uso de un perfectísimo derecho, arregla una opereta extranjera? Reclamo de la empresa favorecida con el estreno, y reclamación de los demás autores á quienes no se les ocurrió arreglar la susodicha opereta.

El que no anuncia, no vende; el que no se bombea, es un primo; el que no se hace la *reclame*, es un hombre atrasado, indigno de alternar con sus conciudadanos.

Porque también en esto hemos adelantado mucho. Antes se anunciaban los productos de la industria, los comestibles, ó las aguas medicinales. Hoy se anuncian las producciones literarias.

Si se estrena una obra con un gran éxito, ¿por qué no se ha de anunciar para que la gente vaya á verla y de su producto vivan holgadamente la empresa, los cómicos y los autores, por este orden? Pues si es una cosa natural que el buen éxito de una obra teatral se anuncie, ¿quién más llamado á ello que el propio autor? ¿Quién como el autor ha de conocer las bellezas de su obra, para hacerlas resaltar, y los defectos, para pasar por ellos como sobre ascuas?

Sin duda, todas estas consideraciones se las han hecho antes que yo otros autores, porque con uno ú otro pretexto, siempre traído por los cabellos, se dan unos autobombos que aturden y que parece que nos tienen á los demás debajo del agua.

Y como yo, que no soy nunca el primero, pero que tampoco quiero ser el último en nada, estoy de acuerdo con ellos, con los autobombos y con los autores, aprovecho, también por los

cabellos, esta ocasión ~~que me brinda MADRID Cómico (que, puestos á hablar bien de nosotros mismos, diremos que es un periódico que quita la cabeza)~~, y ahora mismo me voy á dar un bombito, ya que me hallo convencido de que nadie ha de dármele con el entusiasmo y con el desinterés que yo mismo.

Sepan ustedes, que entre las veinticinco obras que llevo estrenadas tengo verdaderas preciosidades. Hay escenas llenas de vida, de pasión, de gracia... Hay tipos tan cómicos y *tan vivos*, que siempre regocijan á los públicos que tienen la suerte de verlos, y proporcionan una ovación á los actores que tienen la dicha de tropezar con ellos.

Pero, con ser todas mis obras tan preciosas, la que más vale de todas, la que me entusiasma, la joya de la casa, es una que se titula...

¡Me falta valor para seguir adelante! Muy grande era mi decisión de bombearme; muy de acuerdo estamos ya todos en que esto del autobombo es una cosa natural y corriente; pero ¡me da reparo!

Que cada cual se elogie sus producciones, y vamos viviendo y engañando al público. Yo no elogio las mías; el que buenamente quiera verlas, que las vea; si alguno las aplaude, cuente con mi eterno agradecimiento; y si algún crítico las vapulea, ya lo discutiremos...

Antes la crítica era una sentencia inapelable; hoy ¡hasta el autor tiene derecho á criticar á los críticos!

¡Cuando digo que progresamos!

Y aún hemos de progresar mucho más; todavía veremos el caso de que los autores se anuncien sus obras en sueltos por este estilo:

«¡Empresarios!—Se ofrece una obra en seis cuadros. Mucha vistosidad y poco gasto. Se garantizan veintitrés carcajadas, siete ovaciones y tres murmullos de aprobación. Derechos de propiedad muy módicos. Urgente estrenar antes del invierno, por tener que hacerse ropa. Razón: calle de la Redondilla, 43.»

Si este procedimiento del bombo constante de autores, cómicos y empresarios da buen resultado, por mí adelante.

Pero si el género es averiado, y el local está mal acondicionado, y el tendero no tiene simpatías en el barrio, ¿de qué sirve anunciar y bombearse?

El buen paño en el arca se vende.

Lo saben las madres.

Antonio LÓPEZ MONÍS

UNA PROPORCION

«*Dorotea Retales—Cochinchina y Endecha. Licenciada en Farmacia—y Doctora en Derecho, Baronesa del Fúcar—y Duquesa del Lecho. Argumosa, catorce,—entresuelo derecha.*»

Les presento, lectores,—á esta joven doncella toda llena de títulos,—de dones y mercedes y de muy rancia estirpe,—por si alguno de ustedes se encuentra en condiciones—de casarse con ella.

Ella en la toga tiene—su más rico tesoro, estar sin el birrete—es su mayor desgracia; no se pasa un momento—sin hablar de farmacia, y se pone nerviosa—si la tocan al foro...

Es un pozo de ciencia—con adornos de raso; al que así no lo crea,—táchale de bolonio; por lo que de ley tiene,—tolera el matrimonio, aunque para ella sea—un novio siempre un *caso*.

Un muchacho de Sueca,—que de corto no peca, escribiola una carta—declarándose en seco; requirió de ella informes,—los tuvo y se hizo el *sueco*, cosa naturalísima—siendo el chico de Sueca.

Y es que pone á cualquiera—la muchacha en un brete, pues ella dice á voces—que, para conseguirla,

es condición precisa,—pero precisa, abrirla... abrirla en el momento—un lujoso bufete.

Aunque ella es tan arisca,—tuvo otro pretendiente, y entre otras cosas raras—al muchacho le dijo que habrían de esperarse—para tener un hijo á que ella no tuviera—ningún pleito pendiente.

El *sí* en Doroteita—siempre es una sentencia, y es su ideal perpetuo—poseer un marido que se quede en su casa—espumando el cocido mientras ella se ocupa—de informar en la Audiencia.

Ya lo sabéis, lectores;—con que á no retrasarse, porque *niñas* como ésta—entran pocas en libra; aquel que necesite—una mujer de fibra y esté siempre dispuesto—á callar y á casarse, no encontrará en la vida—proporción más discreta ni mujer con más títulos—con quien poder unirse; acompañad un sello—de quince, y dirigirse á las señas que indica—la siguiente tarjeta:

«*Dorotea Retales—Cochinchina y Endecha. Licenciada en Farmacia—y Doctora en Derecho, Baronesa del Fúcar—y Duquesa del Lecho. Argumosa, catorce,—entresuelo derecha.*»

J. GONZALEZ PASTOR



ZOCO LITERARIO

Senador.

Mariano me ha noticiado que se trata de nombrar senador á Benavente.

Mariano es un íntimo amigo del ilustre Jacinto; de nuestro Jacinto.

Y yo héme holgado con la nueva. Es conveniente que en el Senado esté representada la Nación entera, todas sus capas sociales; y no sólo las capas, sino también los gabanes sociales, chalecos sociales y demás prendas de vestir sociales.

Clase de oratoria.

Yo también aplaudí á Belisario Roldán, aunque temeroso de que su canora, madrepélica y florida palabra recrudesciera la epidemia oratoria padecida en España desde años ha.

En efecto; saltó el primer chispazo: un respetable señor, hijo de americana y de español, según él mismo declara en *A B C*, pide la creación de una clase de oratoria en nuestro Conservatorio Nacional.

¡Oh, Canalejas! ¡No consientas eso! Suma los millones que llevamos consumidos en oratoria, y considera que, si empleados los hubiésemos en barcos guerreros, hoy tendríamos la primer flota del mundo.

Recuerda cuantos Sarasates de la política merecieron, por su fluida y culta oratoria, el dictado de «ilustres calamidades».

Compulsa los Diarios de Sesiones y sonrío conmigo al leer aquellos hermosos discursos en los cuales, para pedir reforma en las tarifas de Aduanas, sácanse á colación «las caldeadas arenas del desierto sombreadas por las altas pirámides donde los Sacerdotes

de Isis entonaban sus salmos; mientras los cometas describían sus inmensas órbitas en el Cosmos; mientras á la orilla del Tigris y del Eufrates alboreaba con nimbos de paz universal la religión predicada por el mártir del Gólgota; mientras el esporo y el micrococus laboran insensiblemente en nuestro organismo...»

Consideren nuestros gobernantes que todo el que aprende á hablar desaprende á trabajar; vean cuán abundantes son las incubadoras de oradores; todo casino, ó sociedad, es centro donde juegan á los diputados desde el profesor del Instituto hasta el maestro de obra prima.

¡No, por Dios, Canalejas amigo! No hagas caso á ese despreciable señor hijo de americana y de español.

¿Clase de oratoria en este país?

Fuera tanto como fundar una escuela de natación para peces.

Teatro pueril.

Hace pocos días almorcé en casa de una familia amiga.

Dos de los niños mostrábanse incorrectos y revoltosos; llegaron á meter sus poco aseadas manecitas en la fuente de fritos variados.

—¡Perico! ¡Carmencita!—gritó el papá—Si no estáis quietos, os llevo esta tarde al teatro de los niños!

—Y que hoy leen poesías—añadió la mamá.

Mano de santo: Los nenes se miraron asustados, pronunciaron el labio inferior y continuaron el almuerzo tranquilos, serios y graves como cartujos.

Es innegable que el teatro de los niños ha venido á llenar un vacío, y Fernando Porredón cumplirá una misión bienhechora llevándolo á provincias, donde le esperan desde hace tiempo.

—Ya viene Fernandito.

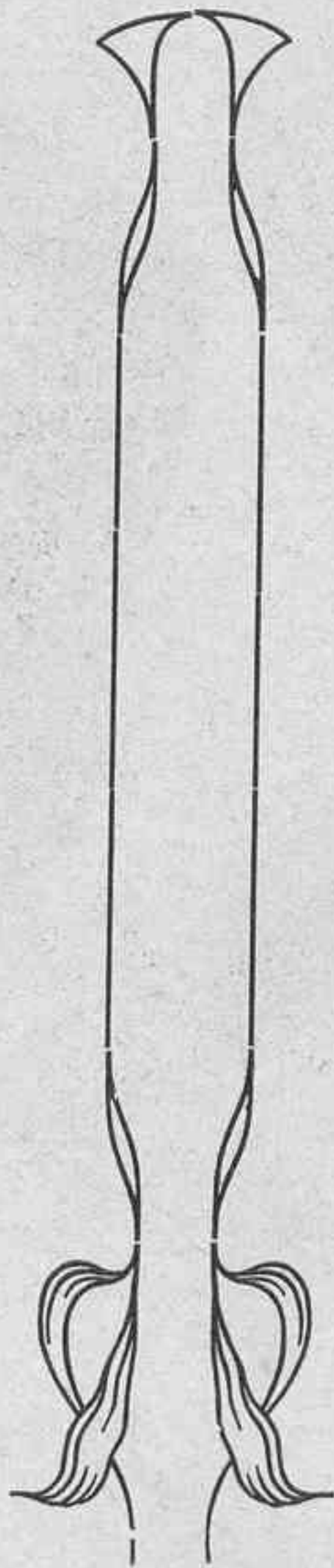
Así dicen, por las noches, las mamás á los niños.

Enrique de OCÓN



CUESTIÓN DE CURVAS

Pues, señor, está visto; *la línea recta* es emblema de todas las cosas justas. Parecerá simpleza; pero es axioma. Lo *torcido* sucumbe; lo *recto* triunfa. Lo bueno es siempre recto; lo malo es curvo. Por eso, aunque la cosa parezca absurda, en el hombre domina *la línea recta* y en la mujer domina *la línea curva*. Yo que soy por herencia de mis mayores, ó porque así lo quiso mi suerte chusca, de lo más *torcidito* que se conoce, de lo menos *derecho* que el Sol alumbró; yo que estoy jorobado... *siquicamente*; yo que *haciendo la rosca*, vivo, á mis musas, para ver si al fin paren algo *redondo* que mi *esférica* panza rellene y nutra; yo que voy por las calles *haciendo eses* cuando los acreedores mis huellas buscan yo que en *curva* perpetua mi vida paso, ¡aborrezco de muerte *la línea curva*! ¡Y cuánta razón tengo, lector amable! ¡Cuántos pérfidos vicios en ti se inculcan! ¡Oh, línea de mis odios, rabo del diablo, que así te *estiren* pronto y así te pudras! Tú en forma de serpiente te apareciste haciendo á nuestra abuela morder la fruta. Cuando alguien en el mundo murmura embustes, se dice que son *bolas* lo que murmura. Carambola mal hecha la llaman *churro*. *Buñuelo* es toda obra que no *resulta*. *Torcidas* intenciones tiene el perverso. No existe cosa mala que no sea *curva*. —¡Cuidado con las curvas!—grita la gente; y en cambio, con lo *recto*, ¿quién no disfruta? ¡Cuánto gustan al hombre las cosas *rectas*! Y á la mujer, señores, ¡cuánto le gustan!

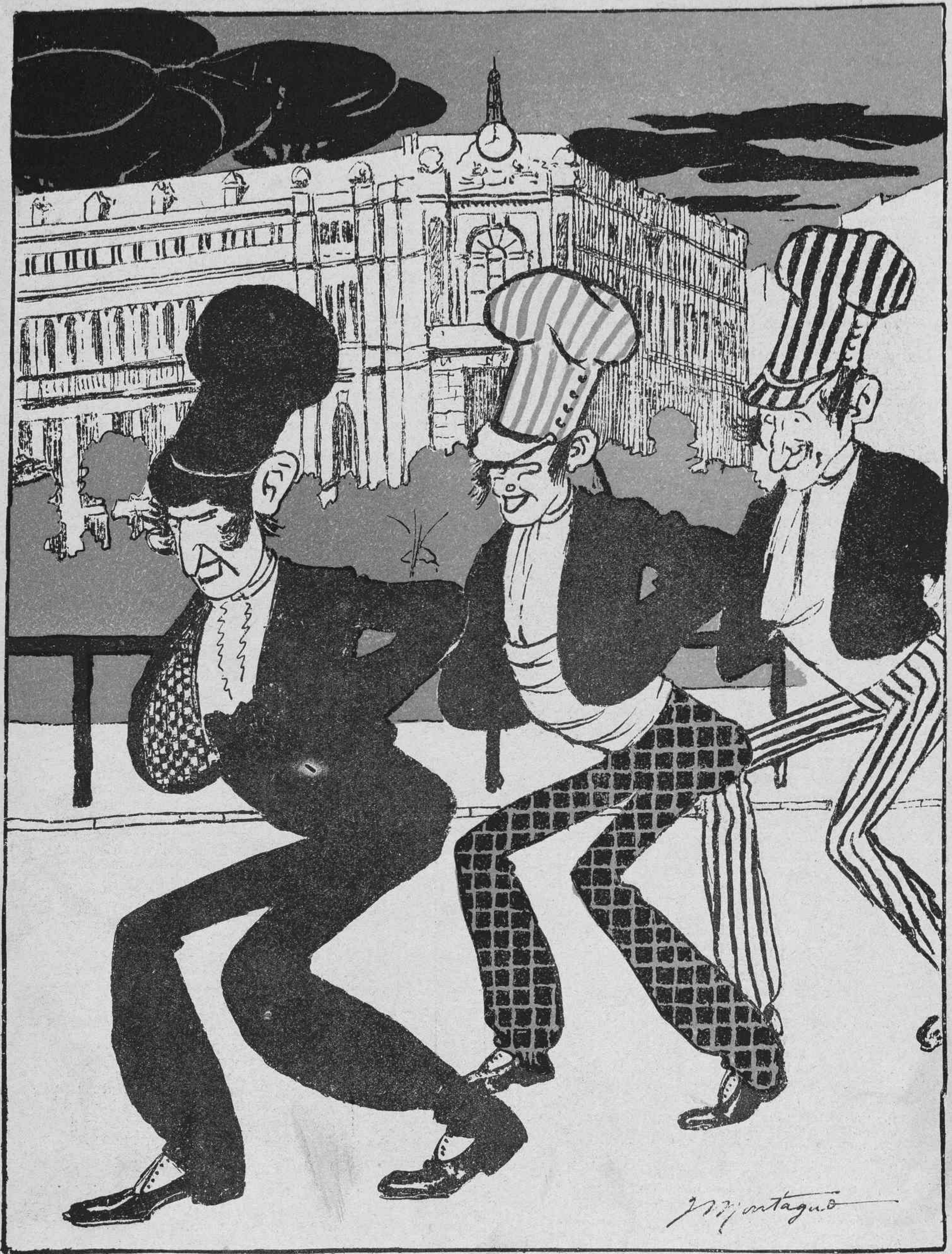


El que *recto* discurre, camino ataja; quien anda con *rodeos*, traición oculta; árbol que *recto* crece, da fruto y sombra; y ¡ay de los arbolillos cuando *se truncan*! Claro está que no hay regla sin excepciones y también esta regla tiene las suyas. ¡Hay hembras *curvilíneas* que *descacharran*! ¡Hay mujeres ¡mi madre! que *desmedulan*! Pero yo que soy casto como *Pepito*, ese que ahora en las tablas de Eslava triunfa; yo que, de gastar manto, ya se lo hubiera puesto en la mano á alguna de esas *Venusas* que siguen la carrera de *Putifaras* en la Villa del Oso; yo que á las *curvas* las temo más que al cerco de mis *ingleses*, por tu bien te aconsejo, lector, que nunca avasallar te dejes por las señoras; mira que aunque parezcan esclavas tuyas aunque tus *rectas* leyes al pronto acaten, buscarán á la postre por *sendas curvas* manera de ser reinas; que todas ellas son ladinas, traviesas, sagaces, tunas; que en lucha franca el hombre las vence siempre; pero en cambio ellas saben vencer sin lucha. ¡Cuántas más *curvas* veas, más *recto* ponte! ¡Que tus viriles fueros jamás sucumban! ¡Si bajas la cabeza, pleito perdido! ¡Y la bajas... la bajas como no huyas!

...
¡Qué bien dijo el que dijo, lector amigo, haciendo entre ambos sexos distinción justa, que en el hombre domina *la línea recta* y en la mujer domina *la línea curva*!

Javier de BURGOS

LOS HOMBRES DEL DÍA, por Montagué

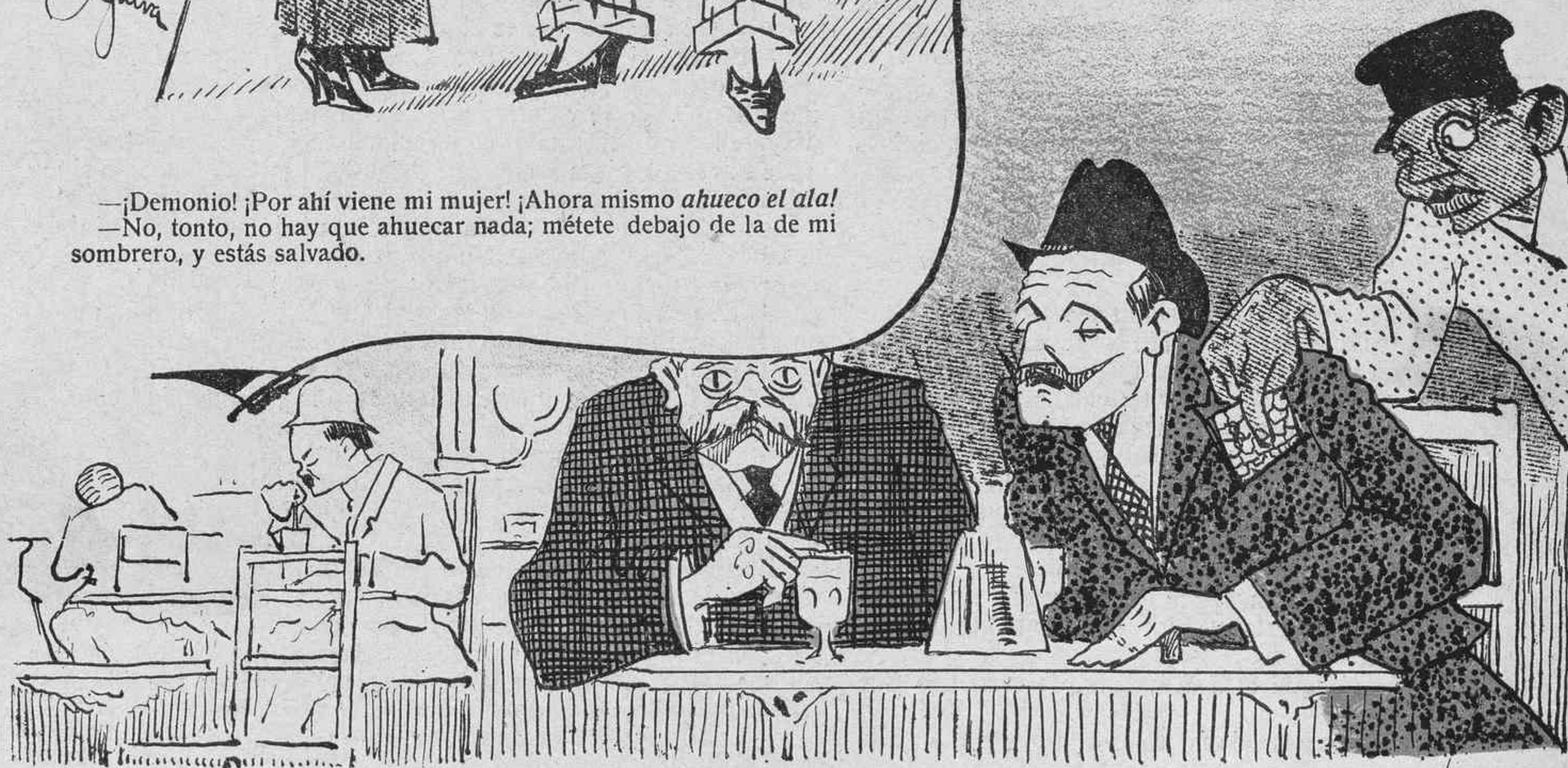


Los primeros vecinos que tendremos, seguramente, en La Gran Vía que va á principiar de un momento á otro.



—¿Cree usted que pasará algo el 18 de Mayo si tenemos un tropiezo con la cola del cometa ese que dicen?
—¡Vaya usted á saber! ¡Hay tantos arrimados á la cola!..

—¡Demonio! ¡Por ahí viene mi mujer! ¡Ahora mismo ahueco el ala!
—No, tonto, no hay que ahuecar nada; métete debajo de la de mi sombrero, y estás salvado.



—Don Jerónimo, esas son tonterías; al que le roban es porque quiere. ¡Listo tiene que ser el que me robe a mí algo!



CONVERSACIONES TEATRALES

—¡Pero hombre, tiene usted el cigarro apagado! Tome usted lumbre.

—No se moleste usted, porque no enciendo ahora así me aspen. Está la cosa que arde.

—¡Pues no lo veo!

—Vuelva usted la cabeza. ¿Ve usted esa señora á quien acompaña ese caballero tan mal encarado?

—La veo, sí señor.

—Pues ahí está el peligro.

—¡Caramba! Me pone usted carne de *chantecler*.

—¡Silencio! Baje usted la voz y tire usted esa colilla inmediatamente. El humo nos compromete.

—Pero ¿adónde va usted á parar? ¿O se ha vuelto usted loco?

—¿Es posible que no esté usted enterado? ¡Si la prensa no habla de otra cosa! Es el tema de las conversaciones en las Peñas elegantes. Un cigarro que se enciende y se apaga en seguida, sin que esta vez tenga la culpa la Tabacalera. Un choque de palabras hispano-francesas en el tren, lugar el más apropiado para chocar siempre. Un cambio de tarjetas, ó dos tarjetas al cambio. Dos aceros que se cruzan. Veintiún asaltos. Dos heridos: uno de consideración y otro sin ella; es decir, con *ella*, porque ha de saber usted que danzan faldas por medio.

—Ya me tiene usted todo intrigado. ¿De quién son esas faldas? ¿Quién es ella? Mujer que arma á dos caballeros y hace correr así la sangre internacional, muy sonada tiene que ser, y ardo en curiosidad de conocer su nombre.

—¡Y tan sonada! Medio siglo sonando, figúrese usted si habrá dado ruido en este mundo la señora ó la *dama*, según la han llamado los periódicos (¡humoristas!), y Carolina Otero, según la llamo yo ahora, rasgando el incógnito para que no se quiebre usted más la cabeza.

—¡La bella Otero!

—La exbella Otero, hablando con más propiedad, mi indulgente amigo. Pero es lo que pensará doña Carolina para sus castañuelas: que me quiten lo bailado... y lo que cuelga. Este lance ferroviario la rejuvenece y la da cartel para tirar otra temporadita en París.

—Sí que tirará.

—No lo ponga usted en entredicho. ¡Y cuidado si lleva tirando! Una plataforma de veintiún asaltos á toda vela sobre el terreno ¿á quién no convence? Además, ahí está el fuerte de la Otero. ¡Los asaltos y los *corps á corps* que habrá tenido y habrá motivado ella á su vez en su larga vida de pandereta mundial!

—¡Vaya un remiendo á tiempo, entonces!

—Es el sino de las personas. La *estrella* declinaba. Su nombre picaresco iba dejando de ser una «atracción» en los *cartnets* de los grandes príncipes vagabundos. ¡Ni un mal *apache* sentíase ya capaz, á estas alturas, de suicidarse por los pedazos de esta formidable española, que ha sido por espacio de tantos años el más caracterizado pendón de nuestras castizas danzas!

—Sáqueme usted de una duda. ¿Qué se ha resuelto con este encuentro?

—Yo, por mi parte, he resuelto hacer lo que está usted viendo. Abstenerme de lanzar humo cuando tenga una *dama* á la vera y esta dama ostente un galán retador y pendenciero.

—¡Ahora lo comprendo todo!

—Y quien dice Carolina Otero, dice Candelaria Medina, cupletista de buen ver y de mal oír que acude ahora á mi memoria. ¡Cualquiera le tose á la bella Candelaria después de leer *El Diluvio*, de Barcelona! Perseguida está, según el diario catalán, nada menos que por todos los millonarios yanquis, italianos, rusos, franceses, ingleses y alemanes. Vea usted en lo que se ocupan los millonarios más millonarios de la tierra. ¡Otra criatura con suerte!

—Ya, ya. ¡Apaleará el oro!

—Apalea las canciones que coge por delante. Pero tenga usted la seguridad de que aquí, sin embargo de esto, no la persigue nadie...

Juan RATA

EL AEROPLANO FLATILLO

Al enterarse don Gilberto del Flatillo, farmacéutico establecido en la calle de la Rosa, que en Barcelona, en el próximo mes de Marzo, se iba á celebrar una Exposición organizada por la Asociación de Locomoción Aérea, exclamó lleno de júbilo, dirigiéndose á su mancebo:

—Gracias á Dios, Gumersindo, que tengo ocasión de demostrar á nuestro Gobierno que un español puede inventar un globo dirigible. Ahora verán que han hecho conmigo una injusticia con no subvencionarme cuando les presenté mi proyecto.

—¿Qué proyecto?—preguntó asombrado Gumersindo.

—El de mi aeroplano, que sin duda ha de llamar la atención en el mundo científico, por ser el más perfeccionado de todos los inventados hasta nuestros días.

—¿Pero usted ha estudiado la aviación aérea, don Gilberto?

—A nosotros, los que hemos nacido ya inventores, no nos hace falta estudiar. Ya ves tú, yo, á los nueve años, estando en la cocina de mi casa, cogí para jugar un calabacín, lo perforé por el centro con un sacacorchos é hice una especie de estante para colocar libros. Otra vez, de una babucha usada me salió una palmatoria eléctrica preciosísima, y á un tío mío sacerdote, que de resultas de cantar en ayunas una misa mayor le salió un sarpullido por la espalda, le inventé un aparato para rasarse y al propio tiempo le servía de reclinatorio.

Don Gilberto se pasa las horas muertas sentado en un barrero, porque dice que en esta postura se le excita la imaginación y ve las cosas más claras.

—Vamos, Gilberto, que está la sopa en la mesa—le dice la esposa.

—No me interrumpas—exclama éste—. Hasta que invente el timón del globo no me muevo de aquí.

—¿Y la botica, Gilberto?

—Ya está Gumersindo en ella.

A lo mejor sube precipitadamente el mancebo para decirle á don Gilberto:

—Hay que hacer un parche en seguida para la señá Ramona, la carnicera del 4, que se ha caído en la calle encima de un guardia de Romanones y tiene la nariz hecha rajás.

—Déjame. ¿No ves que estoy meditando?

—Es que corre prisa, don Gilberto.

—¿Qué crees tú que es el aire, Gumersindo?

—El aire, el aire... es una cosa así como un fluido aéreo.

—No, señor; es un cuerpo simple é incoloro. Ahora lo que me falta es cogerlo y darle violencia en sentido encontrado. El día que lo logre estará descubierta la dirección de los globos.—Y de nuevo empieza á meditar, dejando al pobre mancebo sin saber qué hacer con la nariz de la señá Ramona, porque el boticario no hace caso de la farmacia, ni de su mujer, ni de sus siete hijos, y todo su afán consiste en sentarse en el barrero y construir un globo en forma de cafetera rusa, hecho con la tela de dos jergones y unos aros de cuba. Cuando estuvo concluido se fué á los Jerónimos en compañía de Gumersindo y comenzaron ambos á inflarlo con humo de periódicos. Después don Gilberto se metió en la barquilla y Gumersindo cortó la cuerda.

—Vaya, abur—dijo don Gilberto.

—¿Dónde va usted?—preguntó el mancebo.

—A Orense, y así, al paso, aprovecho la ocasión para ver á mi cuñada.

El globo subió unos tres ó cuatro metros. Después, como si le hubiese dado un dolor de estómago, se empezó á encoger hasta venir de nuevo al punto de partida.

Y el pobre inventor sufrió tal batacazo, que de esto hace quince días y aún está en la cama envuelto en una toquilla de su esposa, y dice cuando van á verle sus amigos:

—Todo inventor es un mártir; sino mire usted como tengo la rabadilla

Emilio TABOADA



JUSTO CASTIGO

Mi casera, doña Antera García del Palancar, era una vieja soltera, á la cual, como casera, nadie podía aguantar.

Porque fiel á su manía, con razón ó sin razón, y por cualquier fruslería, no se le pasaba día sin armar una cuestión.

¡Cuántas veces el Juzgado en sus riñas intervino!.. Porque es un hecho probado que no había un inquilino con quien no hubiese chocado.

Pero con quien más reñía esta casera infernal, era con Pepe García,

un muchacho que vivía en el piso principal.

Pues amigo de correr una juerga, es lo que pasa, dió en la flor de no volver ninguna noche á su casa antes del amanecer.

Y como esto era inmoral y era la moral su fuerte, la casera, hecha un chacal, le declaró guerra á muerte al del piso principal.

Pero él, con zalamerías, supo domar á la fiera, y consiguió en cuatro días ganarse las simpatías de la terrible casera.

La broma Pepe siguió

y empezó á hacerle la corte, y... ¿qué es lo que resultó? ¡Pues que Pepe terminó por ser casero consorte!

Hoy Pepe está arrepentido y pide al cielo piedad, que, aunque tarde, ha comprendido lo cara que le ha salido aquella barbaridad.

Porque el audaz calavera cuya existencia es odiosa, hoy aguanta á doña Antera no sólo como casera ¡sino también como esposa!

Manuel SORIANO



La reaparición de MADRID CÓMICO resultó el pasado sábado el asunto del día. Nuestros ejemplares eran arrebatados por el público como si fuesen credenciales. Ni la carta de Moret, ni la de Montero Ríos dieron tanto juego.

¿De qué modo demostrar á ustedes nuestro reconocimiento? Pues como lo tenemos pensado. Llevando á cabo, sin pérdida de momento, un plan de reformas y mejoras más atrevidas aún que el programa de Canalejas.

A tanto honor, MADRID CÓMICO corresponderá con creces. Gracias repetidas, señoras y señores, y basta con lo dicho, porque nos ruborizamos del exitazo.

Pérez Zúñiga haciéndonos *cosquillas* desde el *Heraldo*:

«Desde mi actual plataforma del HERALDO, á los amigos que creen que en el *Madrid Cómic* nuevamente aparecido; soy un autor que se firma «Enrique de Ocón», les digo que no soy tal, ni al periódico (al cual conservo cariño) he mandado hasta la fecha ni unos versos, ni un artículo, aunque allí, amables, contaron en primer lugar conmigo. Sepa, pues, quien crea que uso *su dómino* (1), que no es mío jamás lo que al pie no lleve mi nombre y mis apellidos.»

Ni más ni menos. Pérez Zúñiga no es «Enrique de Ocón», efectivamente, entre otras razones, porque «hasta la fecha» no se ha servido remitirnos

«ni unos versos, ni un artículo», aunque estamos esperándolos.

Entonces, ¿quién es «Ocón», ese escritor endiablado que arma tal revolución? No podemos dar razón... ¡Se ha mudado!

La ilustre y dadivosa marquesa de Squilache ha dado al *ABC* cuenta minuciosa de las cantidades que ha recibido de las principales poblaciones de América, entre ellas ¡Manila! La caritativa dama anda algo mal de Geografía. Manila es la capital del archipiélago filipino. La otra no se puede decir de dónde es.

(1) Así pronuncia pseudónimo un senador vitalicio.

José María Carretero acaba de lanzar una novela titulada *La Virgen desnuda*.

No hemos leído la novela, pero, por de pronto, se nos ocurre este consejo:

¡Que la vistan!

Por un pitillo ha ido á batirse, ¡nada menos que á París!, un aristócrata español con un industrial francés.

El duelo se pactó en condiciones duras, y ambos contendientes están heridos.

Es de las pocas veces en que el duelo ha tenido una causa grave y seria.

¡Estamos tan acostumbrados á que se mate la gente por menos de un pitillo!

Nuestro erótico amigo Felipe Trigo ha publicado *La clave*, interesante novela que hace el número décimo cuarto del año actual.

¡Y estamos en el mes de Febrero!

«Nunca por mucho trigo es mal año», dice el refrán; y ¡quién sabe si estará *la clave* ahí!

Cuentan que Moret, que es algo romántico, un poco soñador y casi poeta, exclamó al ser lanzado del Gobierno:

«¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!»

Pero al convencerse de que su fiel Aguilera no le abandonaba en esta desgracia, volvió á exclamar recordando otra composición:

«pero es más espantosa todavía la soledad de dos en compañía.»

La tan cacareada opereta *La Princesa del dollar*, ha sido irrevocablemente gritada en Price.

Los panegiristas de *La Princesa* afirman que ha dado la vuelta al mundo.

Habrá sido á pie y sin dinero.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. M. R.—Badajoz.—La filosofía de los pensamientos es baratita; vé ase la muestra:

«El amor y el veneno es más perjudicial cuanto más bueno.»

Bueno que usted sea un desengañado de la vida; ¡pero de ahí á comparar el amor con la estricnina! La sintaxis, venenosa como los versos.

H...—Madrid.—Dice usted al pie de su caricatura: «¿Blieriot?... Hombre, me parece que he visto este nombre en alguna parte.» Es posible. Lo que no va usted á ver publicado en ninguna parte es el dibujo que nos ha remitido.

Un *gate-papier*.—Valladolid.—En su diálogo, ó lo que sea, tiene usted la manía de que le abran la puerta. Difícil lo vemos. ¡A otra puerta, hermano!

Un *exportero*.—Madrid.—A juzgar por la composición cómica-porteril que nos envía, debe usted ser un hombre de muy buen humor.

¿Con que «las aves se quejan á Dios, cuando muere el día?»

¡Vaya usted á la... portería si le dejan!

M. A.—Madrid.—El artículo no nos gusta; pero, en cambio, como justa compensación, no nos gustan los versos tampoco.

Chantecler.—Sevilla.—¿Un Chantecler sevillano? ¡Queda retirado de la circulación!

LAMPARA OSRAM



CONCESIONARIO EN ESPAÑA LEÓN MADRID
ORNSTEIN Mariana Pineda 5